

Dilemas Perredistas

Miguel Angel Granados Chapa

El próximo domingo efectuará el Partido de la Revolución Democrática sus comicios internos, para escoger candidatos a senadores, diputados y, en el Distrito Federal, a asambleístas. Es muy importante por varios títulos lo que ocurre en el seno del PRD: porque su líder alcanzó, según las cifras oficiales, la segunda mayor votación en las elecciones presidenciales de 1988, cerca de seis millones de sufragios y por ende su representatividad es amplia; porque no obstante ser un partido de nuevo cuño figura ya como la tercera fuerza política del país; y por la notoriedad de buena parte de sus militantes, que actuaron en otros partidos antes de pertenecer al dirigido por Cuauhtémoc Cárdenas.

La jornada dominical ofrece varias particularidades y, para el interés del propio partido, varios riesgos. Se trata de escoger, en la mayor parte entre varios precandidatos, a quienes serán apoyados por el PRD en las elecciones del 18 de agosto. El PRD optó por el sistema del voto directo, lo cual de por sí genera complicaciones, pues entraña una capacidad de organización en alguna medida análoga a la necesaria en comicios constitucionales. Por añadidura, el PRD se abrió plenamente a la sociedad, y en sus procesos internos puede votar lo mismo miembros del partido que quienes no lo sean.

Uno de los segmentos que forman el PRD, el Partido Mexicano Socialista, practicó este sistema en 1987, cuando se trató de elegir candidato a la Presidencia de la república. Acudieron a la contienda cuatro precandidatos: Heberto Castillo, Antonio Becerra Gaytán, José Hernández Delgadillo y Eracio Zepeda. La experiencia no fue negativa, pues si bien se repartieron unas novecientas mil boletas, votaron unas 275 mil personas no todos miembros del partido. La operación, finalmente, estaba destinada a carecer de eficacia práctica, pues el ingeniero Castillo, que ganó el proceso interno con el 54 por ciento de los votos, finalmente declinó en favor de Cárdenas, ya apoyado por tres partidos más.

Con todo y las dificultades que aquel episodio supuso, sembró en los integrantes de aquel partido, buena parte de los cuales se integraron tiempo después al PRD (que hasta obtuvo el registro del PMS), la semilla de la elección por voto directo de sus candidatos, práctica que han trasladado al PRD, aunque en estas circunstancias pueden generar dificultades de dimensión nada despreciable.

Una ha estado ya en el conocimiento público. Se trata de la rispidez con que se han desarrollado algunas de las campañas internas. El caso más conocido, pero no el único, es el que protagonizan los precandidatos al Senado en el Distrito Federal. Algunas expresiones han

llegado a niveles de degradación, especialmente las provenientes directamente del precandidato Ignacio Castillo Mena y sus correligionarios, y especialmente en contra de Rodolfo González Guevara. Ambos, y el propio Heberto Castillo que les lleva la experiencia de su participación previa en un procedimiento de este género, aspiran a ser quien suceda a la senadora Ifigenia Martínez, que llega al fin de su encargo.

La rudeza verbal, y hasta material, pues a veces implica luchas por espacios para la propaganda, no sería riesgosa si no se produjera en un periodo en que el partido aun no concluye sus fases iniciales de construcción. Desde antes de nacer, el PRD se planteó el dilema de conjuntar o no diversas corrientes y personalidades, y optó por hacerlo, aunque el trámite de integración ha resultado dilatado y pletórico de incidentes. La mayor parte de ellos, además, son magnificados por un aparato de propaganda de origen gubernamental pero al que se suma gustosa la televisión comercial y no pocos medios impresos de difusión, con lo cual la imagen de desavenencias internas está muy acentuada, y los malentendidos entre los precandidatos, o de plano su fragorosa guerra, acrecientan en sectores del público la impresión de una verdadera guerra de todos contra todos en el partido.

Pero es quizá mayor el riesgo de manipulación del proceso interno, mediante la utilización para mal de una actitud generosa pero que puede ser ingenua. En la idea de que el PRD debe abrirse a la sociedad y ser uno de sus instrumentos de acción política, pueden ser candidatos y votantes personas que no militan en ese partido, al cual pueden acercarse con buena o con mala intención. Para el registro de las precandidaturas la convocatoria demandó un cierto número de firmas, que fueron proporcionadas, lo mismo, por miembros o no del partido de Cárdenas. Ya se estuvo en la circunstancia de que un interés ajeno al PRD influyera para registrar precandidatos. Pero ese riesgo será mucho mayor el domingo, a la hora de la votación.

Es obvio que algunos candidatos del PRD serán obstáculo mayor para el PRI y el gobierno que otros. ¿Qué impedirá, por ejemplo, que brigadas enteras de empleados del Departamento del Distrito Federal acudan a las urnas perredistas para votar de modo tal que no gane González Guevara, que es quizá la mejor opción de ese partido por el voto foráneo que puede atraer? Si resulta que el PRD es víctima de sus propios afanes democráticos, no se concluya que el procedimiento debe abandonarse, lo que sería erróneo. Pero sí deben revisarse, para el futuro, los mecanismos utilizables, para evitar un resultado contraproducente.